

ARTE Y LITURGIA ARTE Y EVANGELIZACIÓN ¿UNA ALIANZA POSIBLE?

Los conceptos de arte y de belleza, han sido y siguen siendo de difícil definición, sobre todo el de la belleza, y admiten por ello diferentes y legítimas interpretaciones. Por eso, al iniciar mi intervención, me parece oportuno aclarar de inmediato que lo que sigue a continuación refleja exclusivamente mi propio y particular punto de vista, que no necesariamente pido sea compartido por ustedes, y dado el tiempo a disposición, tendrá el carácter de un simple punteo.

Por otra parte debo recordarles que no soy ni filósofo ni teólogo, como seguramente lo son la mayoría de ustedes y que lo que aquí diga, es resultado de una praxis de más de sesenta años en las lides del arte, realizando mi vocación en varias de sus disciplinas, pero, por sobre todo, en el ámbito del arte litúrgico.

Primer punto: el arte

En el caso del arte, tal vez, la razón fundamental de la dificultad de definición de su esencia o significado, sea el que tiene al misterio como su materia prima, lo que produce en aquellos que se acercan a ella, una suerte de temor reverencial, pero que tratan de vencer fijando intelectualmente límites muy personales que permitan definirla.

Pero me parece recordar que cualquier “definición” se considera tal cuando fija límites precisos y sobre todos objetivos, dentro de los cuales puede manejarse el concepto y fuera de los cuales pierde la objetividad que la hace confiable, criterio que, por mucho que tratemos, es imposible de aplicar en nuestro caso.

No es casualidad el que los griegos, maestros en las estructuras lógicas del pensamiento, no tuvieran en su vocabulario la palabra arte y la hayan remplazado con el uso del término TEKNE, que, traducido a nuestro lenguaje contemporáneo, es TÉCNICA. Esto podría hasta producirnos a los artistas cierto malestar, si no recurriéramos a cualquier diccionario para averiguar el verdadero significado de esa definición.

De esa “palabrita” que pareciera obviar y hasta desconocer la complejidad y profundidad de esa actividad humana, que, por algo será, se ha posicionado a través del tiempo como una de las más distintivas de la dignidad de la especie humana. En efecto la definición aporta un punto de vista esencial: El diccionario nos indica: “Dícese de hacer BIEN algo” La letra mayúscula, evidentemente es mía. ¿Por qué me parece importante subrayarla?...

Porque se refiere a una cualidad del arte que es fundamental para poder reconocerla y distinguirla de las burdas imitaciones que han tratado de instalarse a lo largo de la historia: la excelencia, tanto en la construcción del concepto como en la ejecución de la obra. A esa característica esencial me referiré entonces cuando, a lo largo de mi intervención usaré la palabra ARTE.

Arte religioso y Arte Litúrgico.

Al respecto, considero que, desde su aparición como actividad humana, el arte siempre ha tenido un carácter religioso, en su intento de contactarnos, “re-ligarnos” con el misterio y la trascendencia. Otra cosa es la aplicación del arte a un ámbito específico, “comprometido” con un credo religioso determinado, y relacionado directamente con sus espacios dedicados al culto y con sus rituales. Sólo en ese caso, podemos hablar con propiedad de un “arte litúrgico”.

Pero, ¿Qué relación tiene hoy este arte con nuestra cotidianidad? ¿Con nuestra manera de ser?, ¿Con nuestra visión de mundo?... En definitiva, ¿Con nuestra actual cultura?

Para tratar de contestar con cierta idoneidad estas preguntas, convendría, en primer término, recordar aquí lo que el Papa Paulo VI afirmaba en un documento dirigido a los artistas, en los años sesenta.

En él, sostenía que los artistas de cada época, al querer alabar a Dios a través de sus obras, tienen, no solo el derecho, sino también el deber de hacerlo con su personal lenguaje estético, que sea reflejo del mundo y de la humanidad que los rodean en el aquí y ahora de su propia existencia...

Hubo un largo período, sobre todo en los primeros siglos de la expansión del cristianismo, libre ya de trabas y con aceptación social, en que el arte fue acogido gozosamente y llamado a entregar su aporte a la urgente difusión del mensaje evangélico.

No dispongo aquí del tiempo necesario para ahondar en el tema. Baste recordar los grandes ciclos de mosaicos que adornan las grandes catedrales bizantinas, románicas o los frescos del gótico italiano como los del Giotto en la Capilla Scrovegni en Pádua, o la monumental y asombrosa obra de Michelangelo en la Capilla Sextina.

Pero esa unión duró, en la práctica, y no exenta de problemas, solamente hasta fines del Renacimiento o comienzo del Barroco.

En forma paulatina pero sostenida, el arte se fue alejando de los templos para “laicizarse” e instalarse en la cotidianidad de la vida social. ¿Qué sucedió? Lo cierto es que con ello se inició un proceso de secularización del arte que dura hasta nuestros días y que desembocó en el manifiesto divorcio actual entre ella y la Iglesia.

En el transcurso de los últimos siglos, a partir tal vez del corte histórico de la Revolución Francesa, el ideal tan bien expresado por las certeras palabras de Pablo VI se podría referir más a un deber ser que a una realidad.

Lo cierto es que la relación de los artistas con la Jerarquía Eclesiástica, se ha ido volviendo cada vez más lejana y hasta conflictiva, y esa exhortación ha sido no sólo desoída, sino absolutamente contradecida no pocas veces por las decisiones de aquellos que, en definitiva, tienen en sus manos el poder, sean párrocos, obispos o madres superiores, sometiéndolas a su personal gusto, no siempre certero.

En mi hoja biográfica, en el transcurso de mi azaroso y largo desempeño en el arte litúrgico, que me permitió, para bien o para mal, dejar más de cien obras en las iglesias de varias localidades de nuestro país, he tenido toda clase de experiencias de roces y desencuentros con la jerarquía en este asunto, pero es mi deber reconocer también que tuve algunos encuentros, desgraciadamente muy pocos, con “personajes” con quienes he podido vencer esas dificultades y tejer una relación de entendimiento y de fructífera colaboración.

Algunos de esos encuentros fueron muy notables, como los varios debates sostenidos con el Cardenal Silva Henríquez, cuando era simplemente el padre Raúl Silva H., párroco de La Cisterna.

A este propósito, me voy a permitir compartir con ustedes un breve recuerdo, que está directamente relacionado con lo anteriormente expresado y que menciono en una carta que le escribí a don Raúl, como mi aporte a un homenaje que se le rindió en la Biblioteca Nacional, en ocasión de su cumpleaños número cien. En una de sus partes, dice lo siguiente:

Querido Don Raúl,

Tuve la suerte de encontrarme contigo al comienzo de los años sesenta del otro siglo.

Mi amigo Jorge Díaz, quién aún era arquitecto, ex postulante al seminario salesiano y proyecto en ciernes del gran dramaturgo en que había de convertirse, me presentó como posible candidato para ejecutar la entera decoración mural del templo de San Juan Bosco en la Cisterna que recién se había terminado.

La cosa resultó y eso me significó un largo período de varios años de interminables viajes en una motoneta Vespa, atravesando toda la ciudad, desde Vitacura hasta el paradero 22 y medio de la Gran Avenida, y diarios almuerzos en el comedor de la comunidad Salesiana, con las consiguientes sobremesas plagadas de discusiones y debates acerca de mi trabajo y de la situación del país.

Recuerdo con claridad una de ellas en la cual las cosas llegaron a ponerse difíciles a raíz de algunos comentarios tuyos acerca de mi estilo de pintura que, a tu juicio, era demasiado “moderno” así entre comillas, para la comprensión de los feligreses del barrio, mayoritariamente de clase media, empleados, comerciantes o, derechamente, de clase obrera.

Llegó a tal extremo la diferencia de opinión, que terminé el debate con una frase de esas casi para el bronce, que de vez en cuando se le salen a uno, sin pensarlo.

Muy tranquilo, te dije: “Mire, don Raúl, es mejor que usted no me siga discutiendo, porque usted es Salesiano” Se produjo un silencio de esos que se pueden cortar con un cuchillo. Tu, don Raúl, aparentemente calmado, me preguntaste “Y eso, ¿Qué significa?” Ya no había posibilidad de volver atrás. Seis o siete pares de ojos salesianos me

miraban fijamente y esperaban una aclaración a mis palabras que sonaban casi a insulto...

Tomé aire y, mirándote, dije lo que sigue imitando tu misma calma.: “Es que los Salesianos pertenecen a la única congregación católica que tiene cuatro votos en vez de tres (Una pausa justa para dar un poco más de suspenso)... Pobreza, Castidad, obediencia, y... MAL GUSTO”... Un instante e silencio y después... una carcajada tuya que se contagió al resto y que terminó en un brindis con el vino de misa de la viñita salesiana de Macul....”

Hasta aquí la cita

Lo cierto es que el resultado de mi aseveración no se hizo esperar... Terminado el trabajo de San Juan Bosco, seguí con el Teologado Salesiano de Lo Cañas y con miles, literalmente miles de dibujos para los Catecismos y libros de religión de la Editorial Salesiana que algunos de los que hoy nos acompañan, seguramente han tenido en sus manos en su época de escuela básica. En definitiva el sistema como siempre, ganó y me retuvo por varios años...Aún no se si fue porque yo me contagié con el gusto salesiano o ellos con el mío...

¿Por qué esta cita tan auto referente?

Sencillamente para destacar que los resultados de la integración del arte contemporáneo en nuestras iglesias dependen exclusivamente de la capacidad de entendimiento mutuo directo entre artistas y aquellos o aquellas que tienen la responsabilidad de velar por la correcta adecuación de los espacios litúrgicos al uso al cual están destinados.

Pero, ¿Con que preparación cuentan esos responsables para poder ser contrapartes idóneas al momento de tomar esas decisiones? Más aún,

¿Existe una preocupación en nuestros seminarios diocesanos por formar los futuros sacerdotes en una mínima capacidad de entender la importancia de las obras de arte en la relación de los fieles con el culto divino?

Sinceramente creo que no. Ellos no son simples clientes de los artistas o coleccionistas de obras, en cuyo caso tendrían todo el derecho de basarse exclusivamente en su propio y legítimo gusto personal, porque se trata de un ámbito privado, pero resulta que en nuestro caso se trata de ARTE PÚBLICO en el más amplio sentido del término, porque está destinado a ser contemplado o “consumido” en comunidad, en un “espacio público”, a través del tiempo y de manera constante.

Hace muchos años me tocó responder a un pedido del Seminario Mayor de Santiago para que organizara un pequeño taller en sus dependencias, con algunos seminaristas interesados en entender un poco más el proceso artístico, tanto en la práctica como en la teoría... ¿Resultados?... Dos de los participantes de entonces son hoy exponentes destacados de nuestro arte: Francisco Gazitúa, tal vez el mejor escultor chileno actual y

Jaime Pelissier, orfebre y escultor de larga trayectoria en Estados Unidos, pero... ningunos de los dos se ordenó de sacerdote.

Después de entonces, no supe más de alguna tentativa semejante.

Seguramente, las urgencias fueron otras y tal vez, en vista de los desafíos planteados por la rapidez de los cambios sociales que se sucedieron, se consideró, lisa y llanamente innecesario y una pérdida de tiempo precioso para la formación sacerdotal el distraer a los postulantes o seminaristas de los verdaderos objetivos de su vocación.

Considero grave este hecho ya que, al no existir esa preparación, las decisiones que se toman en el ámbito de la adecuada decoración de nuestras iglesias están sujetas al gusto personal que muchas veces se erige en juez de lo que es "idóneo" para motivar la religiosidad de la comunidad toda, y con ello, tal vez sin darse cuenta se impone a los "otros" un criterio exclusivamente subjetivo acerca de lo que es bello y lo que es feo

Es entonces cuando, por no equivocarse, los o las más prudentes recurren a lo ya hecho o más conocido, que tuvo resultados positivos en el pasado y se limitan a repetir algo que, sacado del contexto que le dio vida, pierde toda capacidad de diálogo con estos otros que viven inmersos en una realidad muy diferente. Ejemplo de eso es la inconcebible proliferación de íconos "a lo bizantino", que se ha vuelto una moda casi incontrolable, imponiendo una estética que no tiene nada que ver con nuestra cultura.

Lo más grave del asunto es que, al igual que los perritos de Pavlov, de tanto verlos y rezar frente a ellos, los fieles se irán convenciendo de que esa manera de expresar la religiosidad es "nuestra" y se irán alienado de lo que es más cercano a la cotidianidad de nuestra cultura.

Si en el pasado lejano se hubiera actuado de igual manera, no tendríamos hoy con nosotros algunas de las obras más emblemáticas del arte universal, como los frescos de Michelangelo en la Capilla Sextina o del Giotto en la Capilla Scrovegni de Pádua a los que me referí anteriormente.

Menciono nuevamente estos dos casos, porque en ellos es evidente una especial característica de las autoridades que lo encargaron. La de arriesgarse en una alianza con los más destacados y audaces representantes de la revolución estética de sus respectivas épocas.

Espero poder avalar mi aseveración con algunos ejemplos gráficos, en la segunda parte de esta charla. Baste, por el momento, recordar que tanto el Padre prior que aceptó las pinturas de Giotto en la Capilla Scrovegni, como el Papa Julio II, que encargó a Miguel Ángel la decoración de la Capilla Sextina, tuvieron que soportar por ello las feroces críticas de los defensores de la tradición, esos mismos que siempre están dispuestos a saltar al ruedo, a la menor provocación...

Segundo punto: La belleza en el arte.

Desde los griegos, y durante casi dos mil años, la belleza se instaló como la base sobre la cual se sustenta cualquier obra de arte y como ideal estético. Sus características esenciales de orden, magnitud y armonía se convirtieron en fórmula perdurable en el pensamiento occidental.

Hasta que, al final del siglo XVIII, Kant desplaza el significado de belleza al ámbito subjetivo afirmando que: “El arte bello es aquel cuya forma genera un sentimiento de placer en el observador. No son las propiedades “objetivas” de la obra, sino sus efectos sobre la sensibilidad individual, sobre el gusto, lo que caracteriza la obra de arte...”

El tiempo a disposición se acorta, y creo que es suficiente con estas citas, extraídas del extraordinario libro de Humberto Eco, “La historia de la Belleza” (y a cuya lectura invito a todos los presentes), para enhebrar sobre ellas apenas las tres últimas y pequeñas consideraciones, relacionadas con nuestro tema, a modo de despedida.

Primera consideración:

El gusto es susceptible de ser educado. No se puede amar o entender lo que no se conoce. Educar y no domesticar o uniformar, pero sí abrir el entendimiento a la diversidad estética de las expresiones artísticas.

Segunda consideración:

Urge fomentar y practicar con entusiasmo el diálogo y la acogida. No recurrir a la simple y gastada tolerancia hacia lo “nuevo”, sino que promover la aceptación gozosa de las diferentes estéticas como fuente de enriquecimiento, ampliación y profundización del mensaje humanizante del arte.

Tercera consideración:

Rescatar el arte como herramienta eficaz e inigualable de evangelización y de catequesis. No impositiva sino propositiva. Cristo invitó, no impuso desde arriba la Salvación, nos la propuso. Él mismo se ofreció como mediador en la cruz.

Trabajar con constancia para volver a revivir el concepto de la “Biblia Pauperum”, para narrar con sencillez y belleza “para todos”, tal como se hizo durante muchos siglos y sin distinción, los hitos de la Encarnación del Verbo en la historia humana.

El tema es muy complejo y necesitaría mucho más tiempo a disposición para poder entrar a un nivel de mayor análisis y debate para poder sacar conclusiones que signifiquen un aporte sustantivo para una acción concreta dentro de la estructura de nuestra Iglesia Católica. Además, los últimos acontecimientos negativos que han puesto en jaque la autoridad moral de algunos de sus miembros para seguir ejerciendo la misión evangelizadora, han desviado, y me temo por un largo tiempo, el interés y la preocupación de la jerarquía eclesial por un tema tan “secundario” como el arte litúrgico, frente a los problemas acuciantes del momento.

¿CÓMO HABLAR DE DIOS HOY?

HABLAR DE DIOS DESDE EL ARTE

UN BREVE PRÓLOGO: DIOS Y EL ARTE

1. Dios es Creador, Dios es Poeta.

2 Muchos hombres y muchas mujeres hablan de Dios, muchos hombres y muchas mujeres han hablado de Dios a lo largo de la historia de todos los tiempos. En muchas lenguas, de distintas maneras los seres humanos han tratado de definir el Misterio, o por lo menos acercarse a algún punto de apoyo que pudiera servir para develar una mínima parte de eso o EL que es capaz de crear y de regir la armonía del universo.

3 El trayecto de nuestro caminar como especie está sembrado de miles, de millones de esos intentos. Nuestro pequeño planeta, en su viaje en el borde mismo del universo, deja tras de sí una larga estela de infinitas palabras dirigidas a ese personaje o Persona misteriosa, que vive más allá del entendimiento humano y de la razón. Ese mismo que se ubica vagamente en el “Cielo”, por encima de las pequeñas pasiones, dolores y alegrías, pero que, sin embargo suele nombrarse como Padre.

4 Cuando ya las palabras no bastan, cuando se vuelven herramientas inútiles, cuando el “hablar” se transforma en un lastre que impide avanzar en ese monólogo que se ha vuelto estéril, surge la necesidad del Diálogo con el Creador a través de su Creación. Un Diálogo que se va tejiendo con otras palabras, con otras frases, que se construye con una cercanía de acción llena de asombro y de gratitud.

5 Los seres humanos encuentran entonces EN EL SILENCIO, DE LA ACCIÓN DE GRACIAS ese punto de apoyo que se creía perdido, ese pequeño inicio desde el cual emprender un nuevo camino de búsqueda, más apto para entrar a tutearse con ese Misterio. Desde ese instante comienza la larga construcción del **nuevo y misterioso lenguaje del ARTE**, para asumir el desafío de dialogar con el Misterio. **El nuevo misterio frente a frente con El Misterio**

6 No se trata de “hablar **de** Dios **desde** el Arte”, sino que de “hablar **con** Dios **a través de** el Arte”, sin necesidad de “palabras”, en un encuentro silencioso, que permite escuchar, ver y decir. con eso que solemos llamar “alma”.

7 Se abre entonces una relación más que de amistad, de parentesco íntimo, de filiación directa entre Dios y los artistas, que Giovanni Papini, en el siglo pasado definirá magistralmente como “ los NIETOS DE DIOS” . Y como toda relación esta también reviste obligaciones y derechos, transita entre alegrías y dolores, entre hallazgos y derrotas.

8 A veces el silencio del encuentro se transforma en una valla difícil de superar, se vuelve insoportable y surge la tentación de hablar cualquier cosa para quebrarlo, sin importar si las palabras tienen sentido y DICEN algo. Lo importante cede el paso a lo que no importa, y la belleza desaparece para que aparezca lo agradable a toda costa, lo fácil de digerir y de consumir rápidamente, sin problemas complejos, como el “fast food” del alma.

9 Todo Arte es religioso, toda expresión artística lleva implícita la invitación a reconocer la trascendencia en el transcurrir cotidiano de nuestras vidas, “religa” al ser humano a su esencia de criatura inmersa en la Creación, porque brota de ese diálogo con el Creador, se tenga o no presente al momento de objetivarse en las obras concretas.

CRISTO, LA IGLESIA Y EL ARTISTA

Breve historia

(desde un punto de vista muy personal)

10 Pero, un día, ese diálogo llega a un cruce inesperado y asombroso. Dios quiere (¿y necesita?) más cercanía con la criatura. Crea la Encarnación como acto definitivo de su Amor. Parte en dos la historia de la humanidad e interviene en ella con la historia personal del Dios Hijo.

11 Unos pocos testigos relatan la Vida humana del Hijo. Creen que en El se realiza el anuncio de los antiguos y nuevos Profetas y quieren contarle a otros la Buena Noticia de la promesa cumplida: Emmanuel, el Dios con nosotros, el Dios Hijo ha llegado para vivir, morir y resucitar entre los hombres.

12 Los artistas se suman a la tarea evangelizadora y aprenden a descubrir lo Divino en lo Humano, al contar los hechos cotidianos del milagroso caminar de ese Hermano y Señor Jesús que acompaña por un tiempo las vicisitudes de los hombres.

13 Lo hacen con los conocimientos y los medios de cada época, inmersos en su propio entorno. No buscan re-construir; su vocación y su misión es re-presentar a aquellos que los rodean la realidad de entonces, con el lenguaje de su propia historia personal y social.

14 Desde el primer momento, el ictús, el críptico pez-emblema del primer grafitero cristiano, el “Jesús Cristo, Hijo de Dios Salvador” acompaña con su oculto mensaje de esperanza a los perseguidos, refugiados en sus escondites subterráneos frente a la violencia e intolerancia del poder. En aquel entonces, los cristianos son criminales, caníbales que se ufanan de comer la carne y beber la sangre de su propio Dios. Indignos de pertenecer a una sociedad civilizada como la romana...

15 Pasan tres largos siglos antes que ceda la intolerancia y termine el primer, gran holocausto. Al salir al sol del cielo romano, al respirar por fin el aire familiar, un nuevo desafío se presenta... La legitimidad, el reconocimiento, el poder reconocido también son fuente de corrupción. La organización indispensable para la sobre vivencia, se

transforma rápidamente en jerarquía, en burocracia “necesaria”. Ya no basta con sobrevivir, es indispensable construir una nueva sociedad. La Iglesia naciente necesita mostrarse poderosa y firme, si quiere conquistar nuevos adeptos y crecer.

16 Mira entonces a los artistas como una fuerza de avanzada poderosa y eficaz. La nueva casa, a la vista de todos, debe ser el símbolo de la libertad conquistada. Y los artistas se dirigen hacia la basílica laica, centro de la justicia y del poder, ya reconocido y amado por la sociedad toda. Plantan sobre ella la cruz y llenan sus paredes con la nueva Historia Sagrada.

17 La imagen se vuelve más poderosa que la palabra, a veces poco inspirada, y queda impresa en las almas de los catecúmenos más que cualquier homilía o elaborado sermón. Las anécdotas humanas del Dios hecho Hombre se cuentan mejor con la imagen y no necesitan ser contadas de nuevo con nuevas palabras. Allí están, disponibles, dispuestas a cada interpretación, tantas cuantos ojos atentos se posen sobre ellas y quieran “escuchar” de otra manera su forma, su color, su textura. La Biblia Pauperum no es propiedad de los eruditos. No se necesita saber leer y escribir para dialogar con ella, y recibir con gozo su mensaje salvador

18 El canto de Gregorio el Grande y la palabra poética, en lengua “vulgar”, es decir democrática y cotidiana, acompañan y fecundan la imagen evangelizadora hasta florecer en las figuras del Giotto en Asís y Pádua. Desde allí **la Buena Noticia** se adueña de los muros e ilumina las vidrieras de las catedrales anunciando a todo el occidente el advenimiento de la nueva civilización cristiana. Ejércitos de arquitectos, pintores, escultores y eximios artesanos, albañiles y carpinteros se unen en un solo coro de alabanza de la criatura al Creador.

19 Los nobles y los villanos, los ricos y los pobres, todo el Pueblo de Dios, sin distinciones y reunido en comunidad de constructores de catedrales, se reconoce como heredero de la Promesa Cumplida de Jesús resucitado y lo proclama como Hermano y Maestro, erigiendo su casa entre los hombres, en la espera de su Vuelta gloriosa.

20 Durante algunos siglos, la cultura de occidente se expresa en plenitud a través de la potente voz del arte cristiano, resistiendo las vicisitudes de la historia azarosa de esos tiempos a veces tormentosos. Derrumbes de imperios, plagas, violencias políticas, hallazgos científicos y cambios sociales que culminan en el descubrimiento de un Nuevo Mundo...

21 Corría el año 1492. Colón llegaba por fin a las otras orillas del gran charco, y le regalaba a los reyes católicos unas nuevas y ubérrimas tierras, llenas de riquezas incomparables. Al mismo tiempo, en Italia, un talentoso y huraño joven florentino de diez y siete años, de la familia de los Buonarroti, entregaba al padre prior del convento del Santo Espíritu su primera escultura, en madera, de un Cristo crucificado, y en Alemania, un niño de nueve años de nombre Martín, no sospechaba siquiera que el despertar de su vocación religiosa lo llevaría por los caminos radicales de la gran revolución del cristianismo.

22 La Reforma golpeó con la misma fuerza a la Iglesia Católica y el arte que se cobijaba a su amparo, y la reacción de la Jerarquía de la Iglesia no se hizo esperar. Durante casi un siglo, la Contrarreforma repartió a la par excomuniones y obras de arte dirigidas a resaltar la primacía de la autoridad emanada de Roma. y la obediencia debida hacia los nuevos dogmas

23 Por sobre los incipientes imperios de la Europa renacentista, Julio II, el Pontífice armado, comienza a construir la supremacía política del Estado Pontificio no solamente con los cañonazos de sus andanzas guerreras, sino que, y sobre todo, a “artistazos” limpios. Ningún rey ni corte alguna puede rivalizar con el esplendor de la corte papal que logra reunir bajo su techo las obras espléndidas de los más grandes artistas de su tiempo.

24 Pero el vendaval de la Reforma arrecia, Las grandes potencias de más al norte ven con buenos ojos como esta ha logrado partir en dos la peor amenaza a sus intereses expansivos y se unen a ella. La Iglesia Católica y Romana ve con preocupación la sangría de su rebaño que consideraba seguro y contraataca con lo mejor que tiene a su disposición. Y los artistas se vuelven fieles realizadores de la estrategia Vaticana. El arte se ha vuelto la mejor arma para divulgar en las grandes masas los dogmas impugnados por los rebeldes del norte.

25 Todo el esfuerzo se centra en la presencia real del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía. Ya Rafael, en las Estancias Vaticanas del Papa Borgia, había iniciado la ofensiva con la representación del milagro de la misa de Bolsena; pero casi un siglo después sería Gian Lorenzo Bernini, quien, con magnificencia asombrosa, coronaría el altar mayor de la gran Basílica con el grandioso y opulento ciborio que cobija la renovación del gran misterio, fundamento y eje de la ortodoxia de la fe cristiana.

26 Ese gesto se transforma con el tiempo en el ejemplo más claro de la incidencia de la historia contemporánea en la estética del quehacer artístico y al mismo tiempo en el símbolo que inaugura la nueva visión escenográfica del espacio litúrgico.

27 Es Maffeo Barberini, el Papa Urbano VIII, quién encarna la voluntad de la Iglesia de representarse a sí misma con fuerza triunfante sobre el doloroso cisma del siglo anterior. Nombra al Bernini “arquitecto de Dios” y le entrega plenos poderes para realizar las obras más espectaculares dentro y fuera de la Gran Basílica.

28 Para construirlas no importa dismantelar los restos de los templos del Foro Romano o del teatro de Marcelo; los convierte en canteras de donde extraer el mejor mármol, con el menor esfuerzo. El pueblo se desahoga con su humor corrosivo y estigmatiza la familia del pontífice con el dicho que hasta hoy repiten los romanos con sorna y un cierto desprecio: “Lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los Barberini”....

29 El mecenazgo de antaño se convierte en marketing político, destinado a comunicar, persuadir y celebrar. La mesura y la fuerza cede el paso a la opulencia y a la ostentación. Lejos está la limpia mirada campesina del Giotto o la potente humanidad de

Miguel Ángel. El mundo comienza a convertirse en el gran teatro de los siglos venideros en el que las fuerzas en juego libran batallas y guerras cada vez más complejas.

30 Las artes no pueden sustraerse a ese vertiginoso acontecer. Los poderosos las requieren y las usan como un arma más, para mantener y ampliar su preeminencia. La Iglesia Católica y Romana, por su parte, necesita un ejército de artistas obsecuentes y ordenados. Soldados dispuestos a acatar órdenes, incluso tratándose de estética. Para los obedientes, honores y fama; para los díscolos, amenaza de excomuniación e Inquisición.

31 El arte religioso se transforma en vasallo, atento a los requerimientos, a veces caprichosos, de Papas, cardenales y preladados, transformados en “clientes eruditos” que tienen potestad para decidir lo que es bello y conveniente para el pueblo creyente.

32 Los artistas, que hasta entonces habían visto a la Iglesia como la gran Madre Mecenaz, vuelven su mirada y sus intereses hacia otros señores, más liberales y comprensivos. Se inicia la gran diáspora, El arte occidental, fundado durante siglos en la gran tradición religiosa cristiana, emigra hacia las nuevas visiones de mundo que asoman ya con fuerza incontenible, y la Iglesia va perdiendo poco a poco a los mejores intérpretes y se va quedando con los “copistas”. Se inicia en divorcio entre Iglesia y Arte, que se consumirá definitivamente en el silo XX..

.....

Y AHORA... EN QUÉ ESTAMOS...

Terminada esta muy sintética y muy personal visión histórica, me parece oportuno agregar a lo ya dicho, algunos párrafos de otro escrito que hace algunos meses leí frente a la Comisión de Liturgia de nuestra Conferencia Episcopal, porque creo que contienen lo esencial de mi visión de lo que acontece hoy con el arte religioso y litúrgico en Chile.

“...Ya he anotado anteriormente que, desde su aparición como actividad humana, el arte siempre ha tenido un carácter religioso, en su intento de contactarnos, “re-ligarnos” con el misterio y la trascendencia.

Otra cosa es la aplicación del arte a un ámbito específico, “comprometido” con un credo religioso determinado, y relacionado directamente con sus espacios dedicados al culto y con sus rituales. Sólo en ese caso, podemos hablar con propiedad de un “arte litúrgico”. Pero, ¿Qué relación tiene hoy este arte con nuestra cotidianeidad? ¿Con nuestra manera de ser?, ¿Con nuestra visión de mundo?... En definitiva, ¿Con nuestra actual cultura?

Para tratar de contestar con cierta idoneidad estas preguntas, convendría, en primer término, recordar aquí lo que el Papa Paulo VI afirmaba en un documento dirigido a los artistas, en los años sesenta. En él, sostenía que los artistas de cada época, al querer alabar a Dios a través de sus obras, tienen, no solo el derecho, sino también el deber de **hacerlo con su personal lenguaje estético, que sea reflejo del mundo y de la humanidad que los rodean en el aquí y ahora de su propia existencia...**

Si bien en los primeros siglos de la expansión del cristianismo, libre ya de trabas y con aceptación social, en que el arte fue acogido gozosamente y llamado a entregar su aporte a la urgente difusión del mensaje evangélico, hay que reconocer que esa unión duró, en la práctica, y no exenta de problemas, solamente hasta fines del Renacimiento o comienzo del Barroco.

En forma paulatina pero sostenida, el arte se fue alejando de los templos católicos para “laicizarse” e instalarse en la cotidianeidad de la vida social. ¿Qué sucedió? Lo cierto es que con ello se inició un proceso de secularización del arte que dura hasta nuestros días y que desembocó en el manifiesto divorcio actual entre ella y la Iglesia.

En el transcurso de los últimos siglos, a partir tal vez del corte histórico de la Revolución Francesa, el ideal tan bien expresado por las certeras palabras de Pablo VI se podría referir más a un deber ser que a una realidad.

Lo cierto es que la relación de los artistas con la Jerarquía Eclesiástica, se ha ido volviendo cada vez más lejana y hasta conflictiva, y esa exhortación ha sido no sólo desoída, sino absolutamente contradecida no pocas veces por las decisiones de aquellos que, en definitiva, tienen en sus manos el poder, sean párrocos, obispos o madres superiores, **sometiéndolas a su personal gusto, no siempre certero.**

Por suerte, como a menudo suele hacerlo, el Buen Dios, en momentos de crisis nos envía algunos seres extraordinarios que, silenciosamente y lejos de las farándulas que prostituyen el arte, logran con mucho respeto y valentía el concurso de señeros artistas para que se prueben en las lides del arte litúrgico cristiano y nos dejen un testimonio concreto de que es posible encontrar “la excepción que confirma la regla”. Tal es el caso del padre dominico, Marie Alain Couturier, él mismo, artista y teórico del arte, que a mediados de los años ´50 del siglo pasado, encarga a le Courbusier, el proyecto del convento de La Tourette y la capilla de Nuestra Señora del Alto en Ronchamp, y a Henri Matisse la capilla de Santa María del Rosario de las hermanas dominicas de Vence, ejemplos emblemáticos de arquitectura y arte religioso contemporáneo.... Unos pequeños oasis en medio del gran desierto.

En mi caso, en el transcurso de un azaroso y largo desempeño en el arte litúrgico, que me permitió, para bien o para mal, dejar más de cien obras en las iglesias de varias localidades de nuestro país, he tenido toda clase de experiencias de roces y desencuentros con la jerarquía en este asunto, pero es mi deber reconocer también que tuve algunos encuentros, desgraciadamente muy pocos, con “personajes” con quienes he podido vencer esas dificultades y tejer una relación de entendimiento y de fructífera colaboración.

Entre ellos, unos muy notables, como los varios debates sostenidos con el Cardenal Silva Henríquez, cuando era simplemente el padre Raúl Silva H., párroco de La Cisterna.

A este propósito, me voy a permitir compartir con los lectores un breve recuerdo, que está directamente relacionado con lo anteriormente expresado y que menciono en una carta que le escribí a don Raúl, y que constituyó mi aporte a un homenaje que se le rindió

en la Biblioteca Nacional, en ocasión de su cumpleaños número cien. En una de sus partes, dice lo siguiente:

.....“Querido Don Raúl,

Tuve la suerte de encontrarme contigo al comienzo de los años sesenta del otro siglo. Mi amigo Jorge Díaz, quién aún era arquitecto, ex postulante al seminario salesiano y proyecto en ciernes del gran dramaturgo en que había de convertirse, me presentó como posible candidato para ejecutar la entera decoración mural del templo de San Juan Bosco en la Cisterna que recién se había terminado.

La cosa resultó y eso me significó un largo período de varios años de interminables viajes en una motoneta Vespa, atravesando toda la ciudad, desde Vitacura hasta el paradero 22 y medio de la Gran Avenida, y diarios almuerzos en el comedor de la comunidad Salesiana, con las consiguientes sobremesas plagadas de discusiones y debates acerca de mi trabajo y de la situación del país.

Recuerdo con claridad una de ellas en la cual las cosas llegaron a ponerse difíciles a raíz de algunos comentarios tuyos acerca de mi estilo de pintura que, a tu juicio, era demasiado “moderno” así entre comillas, para la comprensión de los feligreses del barrio, mayoritariamente de clase media, empleados, comerciantes o, derechamente, de clase obrera.

Llegó a tal extremo la diferencia de opinión, que terminé el debate con una frase de esas casi para el bronce, que de vez en cuando se le salen a uno, sin pensarlo. Muy tranquilo, te dije: “Mire, don Raúl, es mejor que usted no me siga discutiendo, porque usted es Salesiano”

Se produjo un silencio de esos tan densos que se pueden cortar con un cuchillo. Tu, don Raúl, aparentemente calmado, me preguntaste “Y eso, ¿Qué significa?” Ya no había posibilidad de volver atrás. Seis o siete pares de ojos salesianos me miraban fijamente y esperaban una aclaración a mis palabras que sonaban casi a insulto...Tomé aire y, mirándote, dije lo que sigue imitando tu misma calma.:

“Es que los Salesianos pertenecen a la única congregación católica que tiene cuatro votos en vez de tres (Una pausa justa para dar un poco más de suspenso)... Pobreza, Castidad, obediencia, y... MAL GUSTO”

Un instante e silencio y después... una carcajada tuya que se contagió al resto y que terminó en un brindis con el vino de misa de la viñita salesiana de Macul....”

Hasta aquí la cita

Lo cierto es que el resultado de mi aseveración no se hizo esperar... Terminado el trabajo de San Juan Bosco, seguí con el Teologado Salesiano de Lo Cañas y con miles, literalmente miles de dibujos para los Catecismos y libros de religión de la Editorial

Salesiana que a lo mejor, algunos de ustedes, lectores, han tenido en sus manos en su época de escuela básica.

En definitiva el sistema como siempre, ganó y me retuvo por varios años... Aún no se si fue porque yo me contagié con el gusto salesiano o ellos con el mío...

¿Por qué esta cita tan auto referente? Sencillamente para confirmar con algunos hechos, que los resultados de la integración del arte contemporáneo en nuestras iglesias dependen exclusivamente de la capacidad de entendimiento mutuo, directo, entre artistas y aquellos o aquellas que tienen la responsabilidad de velar por la correcta adecuación de los espacios litúrgicos al uso al cual están destinados. Pero, ¿Con que preparación cuentan esos responsables para poder ser contrapartes idóneas al momento de tomar esas decisiones? Más aún, ¿Existe una preocupación en nuestros seminarios diocesanos o noviciados, por formar los futuros sacerdotes en una mínima capacidad de entender la importancia de las obras de arte en la relación de los fieles con el culto divino?

Sinceramente creo que no. Quiero destacar que ellos no son simples “clientes” de los artistas o “coleccionistas” de obras, en cuyo caso tendrían todo el derecho de basarse exclusivamente en su propio y legítimo gusto personal, porque se trata de un ámbito privado; pero resulta que en nuestro caso se trata de ARTE PÚBLICO en el más amplio sentido del término, porque está destinado a ser contemplado o “consumido” en comunidad, en un “espacio público”, a través del tiempo y de manera constante.

Hace muchos años me tocó responder a un pedido del Seminario Mayor de Santiago para que organizara un pequeño taller en sus dependencias, con algunos seminaristas interesados en entender un poco más el proceso artístico, tanto en la práctica como en la teoría... ¿Resultados?... Dos de los participantes de entonces son hoy exponentes destacados de nuestro arte: Francisco Gazitúa, tal vez el mejor escultor chileno actual y Jaime Pelissier, orfebre y escultor de larga trayectoria en Estados Unidos, pero... ningunos de los dos se ordenó de sacerdote.

Después de entonces, no supe más de alguna tentativa semejante. Seguramente, las urgencias fueron otras y tal vez, en vista de los desafíos planteados por la rapidez de los cambios sociales que se sucedieron, se consideró, lisa y llanamente, innecesario y una pérdida de tiempo precioso para la formación sacerdotal, el distraer a los postulantes o seminaristas de los verdaderos objetivos de su vocación.

Considero grave este hecho ya que, al no existir esa preparación, las decisiones que se toman en el ámbito de la adecuada decoración de nuestras iglesias están sujetas al gusto personal que muchas veces se erige en juez de lo que es “idóneo” para motivar la religiosidad de la comunidad toda, y con ello, tal vez sin darse cuenta se impone a los “otros” un criterio exclusivamente subjetivo acerca de lo que es bello y lo que es feo

Es entonces cuando, por no equivocarse, los o las más prudentes recurren a lo ya hecho o más conocido, que tuvo resultados positivos en el pasado y se limitan a repetir algo

que, sacado del contexto que le dio vida, pierde toda capacidad de diálogo con estos **otros** que viven inmersos en una realidad muy diferente.

Ejemplo de eso son, en el siglo pasado, las imágenes “piadosas” de Cristos de cabellos y barba bien peinados, como recién salidos de la peluquería, lanzando rayos multicolores desde su pecho o mostrando en la mano su corazón, anatómicamente perfecto, coronado por una pequeña llama o los millones de “estampitas” de santos y santas de ojos brillosos mirando al cielo que aún hoy invaden nuestra imaginería religiosa. Caso emblemático en la actualidad es la inconcebible proliferación de íconos “a lo bizantino”, que se ha vuelto una moda casi incontrolable, imponiendo una estética que no tiene nada que ver con nuestra cultura.

Lo más grave del asunto es que, al igual de lo que acontecía con los perritos de Pavlov, de tanto verlos y rezar frente a ellos, los fieles se irán convenciendo de que esa manera de expresar la religiosidad es “nuestra” y se irán alienado de lo que es más cercano a la cultura cotidiana de la sociedad.

Si en el pasado lejano se hubiera actuado de igual manera, no tendríamos hoy con nosotros algunas de las obras más emblemáticas del arte universal, como los frescos de Michelangelo en la Capilla Sixtina o del Giotto en la iglesia superior de San Francisco de Asís a los que me referí anteriormente.

Menciono estos dos casos, porque en ellos es evidente una especial característica de las autoridades que lo encargaron. La de arriesgarse en una alianza con los más destacados representantes de la revolución estética de sus respectivas épocas. De contar con más espacio sería posible avalar mi aseveración con algunos relatos de sus contemporáneos. Ni el Papa Julio II, ni el Padre prior de San Francisco se salvaron de severas y tendenciosas críticas a raíz de sus decisiones, por parte de los defensores de la tradición, dentro de propia Curia Vaticana..

ACLARANDO UN PUNTO, AL TERMINAR:

La belleza en el arte.

Desde los griegos, y durante casi dos mil años, la belleza se instaló como la base sobre la cual se sustenta cualquier obra de arte y como ideal estético. Sus características esenciales de orden, magnitud y armonía se convirtieron en fórmula perdurable en el pensamiento occidental.

Hasta que, al final del siglo XVIII, Kant desplaza el significado de belleza al ámbito subjetivo afirmando que: “El arte bello es aquel cuya forma genera un sentimiento de placer en el observador. No son las propiedades “objetivas” de la obra, sino sus efectos sobre la sensibilidad individual, sobre el gusto, lo que caracteriza la obra de arte...”

Creo que es suficiente con estas citas, extraídas del extraordinario libro de Humberto Eco, “La historia de la Belleza” (y a cuya lectura invito a todos los religiosos y

religiosas), para enhebrar sobre ellas apenas las tres últimas y pequeñas consideraciones, relacionadas con nuestro tema, a modo de despedida.

Primera consideración: El gusto es susceptible de ser educado. No se puede amar o entender lo que no se conoce. Educar y no domesticar o uniformar, pero sí abrir el entendimiento a la diversidad estética de las expresiones artísticas.

Segunda consideración: Urge fomentar y practicar con entusiasmo el diálogo y la acogida. No recurrir a la simple y gastada tolerancia, sino que promover la aceptación gozosa de las diferencias como fuente de enriquecimiento, ampliación y profundización del mensaje humanizante del arte.

Tercera consideración: Rescatar el arte como herramienta eficaz e inigualable de evangelización y de catequesis. No impositiva sino propositiva. Cristo invitó, no impuso desde arriba la Salvación, nos la propuso. Él mismo se ofreció como mediador en la cruz. Trabajar con constancia para volver a revivir el concepto de la “Biblia Pauperum” para narrar con sencillez y belleza “para todos” sin distinción, los hitos de la Encarnación del Verbo en la historia humana.....”

Hasta aquí por ahora. Seguramente hay mucho más que decir... Que se tomen entonces mis palabras simplemente como lo que son: un pequeño testimonio de vida que ojalá sirva como aporte a un diálogo que creo urgente y necesario.....

Claudio di Girolamo

